

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LA FAMILIA DEL TOXICOMANO

INTRODUCCION

El propósito de este trabajo es el de presentar algunas de las características que nuestra práctica cotidiana en terapia de familias, en las que existe algún integrante adolescente toxicómano, nos ha señalado como más significativas. En este sentido, nuestra pretensión consiste solamente en describir rasgos y momentos de tales familias, tal como se despliegan en las sesiones de tratamiento, y en esbozar algunas hipótesis que puedan dar cuenta de dichos rasgos, pero queremos aclarar que no tenemos la intención de alejarnos demasiado de la descripción. Sabemos que carecemos aún de un modelo que nos permita responder a los interrogantes que nuestra práctica nos suscita, por lo que esperamos no adentrarnos en el ilusorio terreno de la especulación.

También queremos dejar sentado que no tenemos certeza alguna de que exista lo que podríamos llamar la "familia toxicómana", o la "familia adictógena". Nuestras investigaciones no nos permiten fundar un aserto de tal calibre. Ambas posibilidades quedan aún por dilucidar, y esperamos poder hacerlo algún día. Si llegáramos a la conclusión de que existe una estructura familiar lo suficientemente peculiar como para atribuirle un valor etiológico de importancia, seguramente nuestro trabajo terapéutico se vería considerablemente aliviado, pero en verdad y sin poder probarlo aún, no creemos que exista tal cosa. Si bien poseemos la certeza de que una determinada estructura familiar es más facilitante que otra, tal como ocurre con la aparición de la esquizofrenia, sería un reduccionismo excesivo pretender cargarle todo el peso causal a dicha estructura. No es bueno pretender abarcarlo todo desde un solo punto de vista, y en el caso de la toxicomanía hay demasiados factores en juego, desde los sociales y económicos hasta los más idiosincrásicos como para hacerse muchas ilusiones al respecto.

En los párrafos anteriores se sugiere varias veces la noción de la familia como estructura. A fin de fundamentar dicho aserto, lo diremos más claramente. En concordancia con todos los autores que se han referido a la familia, la consideramos como un sistema de elementos interactuantes e interdependientes, en el cual las relaciones entre dichos elementos (las personas que la componen) definen las respectivas posiciones de los mismos entre sí, es decir, de los unos para con respecto a los otros.

Cualquier entrevista con una familia nos lo puede probar. Las actitudes y las verbalizaciones de cada uno de los integrantes de la misma están íntimamente relacionadas (y provocadas) por las de los otros, ya sea que estén inmersos en la misma situación de entrevista o que desde su muy notoria ausencia hagan sentir el peso de su presencia en los que participan de la entrevista.

Por otra parte, y para aclarar otro supuesto mencionado anteriormente, si bien, como hemos expresado, no creemos que la toxicomanía en un adolescente pueda ser explicada desde la descripción de la estructura y funcionamiento de su familia de origen, sí estamos convencidos que determinadas "reglas de juego" en una familia pueden generar un terreno psíquico predisponente en un determinado joven, el que aunado a sus características psíquicas más individuales, así como a una situación social que brinda los riesgos "adecuados", finalmente desemboca en la aparición de la adicción.

OBSERVACIONES CLINICAS

La familia M.

En una entrevista en la que están presentes el padre y la madre de cinco hijos, entre los cuales hay dos hijas de 20 y de 18 años, ambas adictas a la heroína, les escuchamos que "no nos obedecen, les decimos que no salgan y lo hacen igual", "estamos totalmente desorientados, por favor díganos qué es lo que debemos hacer". Investigamos en esta situación y en esta queja, y en el curso de la entrevista llegamos a la conclusión de que con toda probabilidad esto es cierto en una gran cantidad de ejemplos, pero hay otros muchos en que no lo es, casos en los que habiendo sido expresada una orden o una prohibición (de salir, en este caso), la misma fue puntualmente acatada y obedecida. Le señalamos esta situación detectada por nosotros a los padres y nos encontramos con la siguiente respuesta: "es que no pudieron desobedecernos, no tenían dinero para salir".

Nos resulta significativa la dificultad parental para valorar en favor de su reclamada orientación el hecho de al menos una vez haber sido efectivamente obedecidos, y continuamos nuestra pesquisa. De resultados de la misma extraemos una colección de momen-

tos en los que ha pasado lo mismo. Ejemplos que van desde el tenderse la cama hasta el volver a casa a una hora determinada van acumulando pruebas de órdenes obedecidas y prohibiciones acatadas. Su número, de todos modos, no es tan grande como los casos que prueban lo contrario, pero no es de ninguna manera despreciable, y testifican a favor de que la proclamada desobediencia no es tanta. Pero lo curioso es que la pareja parental se resiste a considerar estos momentos como habiendo sido escuchados y obedecidos. A cada vez que les señalamos un nuevo ejemplo, la respuesta invariable es que "no podía hacer otra cosa que obedecer, yo no creo que me haya obedecido".

Volvamos a la demanda inicial. Estos padres se quejan de no ser obedecidos, y manifiestan una angustiada desorientación acerca de "lo que se debe hacer" en estos casos. Nos piden "consejos" y recomendaciones que orienten su conducta. Ahora, si bien es cierto que en muchas ocasiones son efectivamente burlados y engañados por las hijas, ¿qué es lo que les prohíbe a ellos siquiera percibir las veces en que lo anterior no ocurre? Podría esperarse que, en la situación de ser frecuentemente burlados, se aferrarían a los ejemplos de lo contrario.

Para tratar de entender esto tenemos que considerar que tanto el mandar como el obedecer, así como todos los elementos que constituyen la constelación del fenómeno de la autoridad en todos los campos, son recíprocamente interdependientes, es decir, que "no funcionan" considerados por fuera de su mutua influencia. A una dificultad para "obedecer", en uno de los polos del eje, se corresponderá una dificultad para "mandar" en el otro polo y recíprocamente, sin que podamos adjudicar prioridad a ninguno de los dos a expensas del otro.

Planteamos nuestra hipótesis a esta pareja de padres, y su respuesta, infensamente cargada de emociones contradictorias, tristeza en él, risas algo maníacas en ella, es que en verdad no pueden tolerar el malestar y el "refunfuñar" de alguna de las hijas cuando obedece una indicación a pesar suyo. Es preferible "hacer uno" las cosas antes que pasar por esto.

Esta es una situación familiar muy típica, y que puede aparecer tanto en una familia en la que un integrante es toxicómano como en otra totalmente distinta, pero ya hemos dicho que de ninguna manera nos guía la intención de "forzar" la conclusión de que existe una "familia adictógena". Lo que hay que explicar aquí es cuáles son las reglas de juego que en este sistema paterno-filial favorecen la aparición de esta situación, y qué lugar ocupa, si es que ocupa alguno, la adicción en el mismo.

Una primera hipótesis que convocamos en nuestra ayuda es la de que en la intimidad de esta relación entre los padres y las hijas, ambas generaciones necesitan confirmarse recíprocamente sus expectativas mutuas. Los padres, por detrás de lo que dicen, "esperan ser desobedecidos", como lo prueba el hecho de que cuando lo son no lo pueden percibir, y las hijas confirman esta expectativa. Por otra parte, las hijas, impulsadas por la inevitable tendencia a la autoafirmación contenida en la típica "rebeldía adolescente", esperan que sus padres se opongan a la misma oponiéndoles órdenes y prohibiciones, cosa que los padres hacen descalificando su comportamiento hasta cuando "se portan bien".

Se crea un círculo vicioso de expectativas mutuas retroalimentadas en el que tanto la obediencia como la desobediencia ya no tienen ningún valor diferencial, puesto que si las hijas, llevadas por su oposicionismo adolescente, pretenden "desobedecer a sus padres", como maniobra de autoafirmación, no encuentran padres a quienes desobedecer, puesto que los que tienen no esperan ser obedecidos, y éstos a su vez, presos de la inercia que los hace esperar ser burlados, no tienen otro camino que favorecer situaciones en que efectivamente lo sean para no ser defraudados en sus esperanzas de serlo.

En el interior de este "sistema", si las hijas quieren "desobedecer" no tienen más remedio que "obedecer", y si los padres quieren ser "obedecidos", deben resignarse a ser "desobedecidos".

Esto es decir muy poco y explicar casi nada, tendríamos que llegar a alguna hipótesis que nos explique por qué esto es así, y cuál es la génesis de esta situación, sin contar con que nos falta atribuirle algún lugar a la adicción en este sistema. Veremos si alguna otra observación acude en nuestra ayuda.

La Familia G.

En una primera sesión de la terapia de la familia de Manuel G., de 16 años, adicto al Sosegón por vía intravenosa, en la que están presentes el padre, la madre, Manuel y una hija de la madre, anterior al matrimonio actual, ambos padres nos relatan la historia de Manuel.

Este ha sido siempre un niño terrible, su historia abunda en relatos de tropelías múltiples, desde travesuras infantiles hasta fugas y hurtos reiterados en la vecindad. En realidad, es un habitual de la comisaría del barrio, de donde su padre ha tenido que ir a sacarlo infinidad de veces.

Durante el relato de la vida de su hijo, ambos padres rivalizan en la descripción de las "hazañas" de Manuel, compitiendo por recordar más y mejor los detalles más espectaculares de las mismas. Resulta

bastante evidente para los entrevistadores el placer con que subrayan el carácter aventurero de su hijo, así como los riesgos que éste ha corrido. Manuel los escucha, fascinado por el personaje que se perfila en el discurso de sus padres.

Avanzando en la misma sesión, se hace bastante claro que la relación iniciática de Manuel con las drogas, así como la progresiva instauración de su dependencia no constituye sino un jalón más de una historia plagada de situaciones de riesgo para sí y los otros. Con la adicción del hijo se inicia la angustia de los padres, pero la adicción no es más que una continuación coherente de la historia de un mismo personaje, el que se perfila en el discurso de sus padres.

El padre manifiesta su angustioso temor a "volverse loco" y la madre a "morirse", ambos por causa de los disgustos que les produce Manuel, y piden desesperadamente ayuda para contenerlo.

Investigando en la personalidad de la madre, ésta nos refiere frecuentes ensueños diurnos en los que "lo ve muerto" a su hijo. Observamos aquí la correspondencia y alternancia entre estas obsesiones y las referidas a su propia muerte. La relación entre Manuel y su madre es de una naturaleza tal que prohíbe la existencia de ambos, uno u otro deben morir. Manuel ha estado varias veces en peligro de morir por causa de sobredosis de diversas sustancias, y la madre contabiliza una media docena de operaciones por diversos motivos, en los que siempre ha sido requerida anestesia general, operaciones que relata también con evidente gozo.

El padre es un personaje bastante "borrado" en esta estructura familiar. Agotado por jornadas de trabajo de más de doce horas se queja de no tener energías como para ocupar un lugar de peso en su familia. Es relativamente consciente de las infidelidades de su mujer (de las que Manuel ha sido muchas veces testigo y coartada), y frecuentemente no comparte la misma cama con ella, quien duerme con su hija o con Manuel. Durante muchos años Manuel ha dormido también con su media hermana.

Observamos en este caso una problemática de corte marcadamente incestuoso entre Manuel, su madre y su media hermana, así como también entre ésta y su madre. El padre no aparece como un personaje con fuerza suficiente como para introducir cortes en estas relaciones altamente erotizadas.

Podemos inferir que la adicción de Manuel viene facilitada, a más de la presión hacia la misma que existe en la pandilla de que forma parte y de la fácil disponibilidad de drogas, por dos vías que están perfiladas en su estructura familiar. La primera, la del "personaje aventurero" idealizado por los padres, y la segunda como una continuación del mantenimiento de su lugar privilegiado en la conste-

lación incestuosa. En este último respecto, la adicción puede ser entendida simultáneamente tanto como un sostenerse en dicha constelación como un intento de expulsarse de la carnalidad de la misma por su voluntad y dependiendo sólo de su control del corte (recordemos el Fort-Da freudiano), puesto que con su pubertad y la consiguiente posibilidad de consumación genital de dicha relación incestuosa, y seguramente aterrado por sus fantasías para con su madre y media hermana, han recrudecido sus fugas del hogar, así como ha comenzado a sentir un progresivo rechazo hacia las manifestaciones afectuosas de su madre.

La familia S.

En una sesión de terapia de familia, una madre relata que su hijo Roberto, adicto al Sosegón por vía intravenosa, de 28 años de edad, le ha prometido una vez más abandonar su adicción. Nos refiere cómo Roberto ha faltado a su promesa y lo defraudado que se siente. Le preguntamos si ella había creído en que podría cumplirla y nos contesta que no. "Entonces no la defraudó" le decimos nosotros, a lo que nos replica que en verdad no, que nunca creyó ni cree que Roberto pueda abandonar algún día su adicción, y que ella está segura de que su hijo morirá por una sobredosis.

En este caso vemos aunadas las características del primer y segundo caso. En esta madre se observa una escisión entre sus deseos manifiestos con respecto a la cura de su hijo, y simultáneamente una expectativa invencible de que todo terminará con una catástrofe. Roberto sabe que su madre "no le puede creer", coincidiendo con su propia falta de fe en sí mismo, y en este caso tampoco se atribuye otro destino que el que su madre le pronostica. es decir, la muerte por causa de una sobredosis. Vemos aquí una relación especular entre madre e hijo, atrapados ambos en su propia ambivalencia mutua, coincidente con sus respectivas escisiones.

En este caso el padre participa muy poco de las entrevistas de familia conjunta, pero en una entrevista a la que acude él solo para anunciar que Roberto ha sido ingresado de urgencia en un hospital, nos expresa que coincide totalmente con su mujer en su pronóstico y comete un lapsus en el que dice que "si Roberto muriera sería mejor para nosotros, quiero decir para él".

Tanto los padres como el hijo son "víctimas" de un sistema de relación en el que todos coinciden. La ingesta de drogas es casi el único elemento que diferencia a Roberto de sus padres, si bien éstos son dados a la automedicación con barbitúricos por vía oral. Por lo demás se asemejan en su introversión, su rigidez y su desafectivización y su mutismo. Los deseos conscientes de los tres coinciden. Al poco tiempo Roberto se suicida con una dosis excesiva.

La familia J.

En una entrevista diagnóstica con una familia compuesta por padre, madre y cuatro hijos, de los cuales uno de los dos menores, mellizos, una joven de 16 años de edad, ingiere drogas por vía oral e intravenosa, observamos que existen dos conflictos manifiestos. El primero localizado en la relación entre la joven toxicómana y su padre, y el segundo en la relación entre padre y madre.

El padre, visiblemente angustiado y excitado, se refiere a su hija como una "perdida" que lo ha defraudado, habiendo sido, hasta poco antes de la pubertad de ésta, "la niña de sus ojos, a la que cubría de besos". La hija acusa al padre de "no dejarla vivir tranquila, de espiarla y de golpear a sus amigos varones". El padre replica que "piensa encerrarla en la torre a pan y agua, y que cualquier día la mata, que posiblemente sea eso lo que se verá obligado a hacer si ella no cambia". A lo que la hija responde con provocaciones de tono cada vez más subido y con fugas del hogar.

En la relación con su mujer, el padre la acusa de no haberlo apoyado en sus pretensiones de autoridad sobre los hijos, los que al llegar a la adolescencia se han convertido en el "problema de turno", excepto el varón mellizo de la toxicómana, que "pasa de todos y que 'todavía' no ha cometido ningún desaguisado". La madre responde que ella "nunca pudo creer en la realidad de las aprensiones" de su marido y que, por ejemplo, ignoró durante dos años la ingesta de drogas de su hija, pese a que él "se lo decía continuamente".

Nuevamente vemos en este caso como en otros anteriores que la fantasía de la muerte de alguno de los integrantes de la familia es un personaje cotidiano de la dinámica de la misma, y como la única salida posible.

Por otro lado, resulta significativa la interacción entre los cónyuges. La "susplicia" de él resulta correlativa y complementaria de la "ceguera" de ella. Él siempre anticipó que cada hijo, por turno de mayor a menor, se metería en dificultades, así como ella "nunca vio a tiempo" cómo estas expectativas se confirmaban paulatinamente. Podemos hablar aquí de una relación complementaria en la que las posiciones de ambos se polarizan progresivamente hasta el punto de convertirse en extremas.

Volviendo a la relación entre el padre y la hija, observamos una pareja rota, pero que perdura, en la pasión y en la agresividad con la que se provocan, una conversión del erotismo incestuoso.

En este caso el padre ocupa en la dinámica familiar un lugar de augur de tragedias, viendo su autoridad sabotada por la falta de apoyo de su mujer, la que siempre prefiere aliarse con los hijos con

tal de no caer en su idealizado mundo en el que nunca pasa nada grave. Evidentemente esto no explica del todo la falta de autoridad del padre, pero las demás razones son encubiertas en las acusaciones a su mujer.

CONCLUSIONES PRELIMINARES

No es nuestra intención cerrar este primer capítulo de observaciones con conclusiones exhaustivas, lo que sería prematuro para el estado de nuestras investigaciones y superior a nuestras fuerzas. Sucesivas aportaciones irán complementando nuestras actuales hipótesis descriptivas.

Consecuentemente, sólo extraeremos algunas ideas de nuestra observación. Por otra parte sabemos que no podemos explicar una determinada estructura y funcionamiento familiar sin investigar en la historia de las respectivas familias de origen de cada uno de los cónyuges, así como la posible influencia significativa de otros elementos en la génesis estructural de una familia en particular. Necesitamos de otros modelos complementarios que nos permitan pensar en la manera en que un grupo familiar "cristaliza" en una organización peculiar, así como de los factores sociales, históricos y psicológicos que concurren a tal fin. Caer en el considerar a la etiología como un problema de culpas localizadas en uno de los elementos del sistema en desmedro de la participación de otros sería hacer lo mismo que hacen aquellos que cargan todo el fardo de la responsabilidad a la sociedad, los padres o la droga, cosa que por otro lado y muy significativamente es lo que hacen los toxicómanos.

Una primera hipótesis de trabajo es la de que en nuestras familias estudiadas existe una "homeostasis" en la que se nota una marcada disociación entre las expectativas y deseos mutuos expresados verbalmente, y cierta "inercia del sistema" que hace que en verdad nadie espere que se cumpla lo prometido de palabra. Con lo cual cualquier promesa (palabra) que se exprese, es inmediatamente descalificada por el sometimiento a las reglas de juego de la estructura familiar. Los integrantes de una familia "no se pueden creer" entre sí.

Otra hipótesis es la de que la "expectativa de la muerte" es moneda corriente en estas familias. Podríamos correlacionar esta expectativa con la relación que establece el toxicómano con la droga, relación narcisista en la que la posibilidad de la muerte está siempre presente. En este respecto, dicha relación de jugar con la muerte en los toxicómanos sería correlativa de la expectativa de muerte localizada en la relación de padres e hijos.

Los padres evidencian dificultades, relacionadas con sus respectivas historias personales y la manera en que dichas historias se articulan en su relación mutua, para el sostenimiento de una posición

definida de autoridad ante los hijos. Es totalmente frecuente que los padres durante las entrevistas diagnósticas y las sesiones de tratamiento soliciten desesperadamente que "alguien se haga cargo" de su falta de autoridad y control sobre sus hijos. Esta situación, que cuando los niños son pequeños es menos evidente, suele estallar en crisis con la adolescencia de sus hijos. Los padres tienen dificultades tanto para hacerse obedecer como para aceptar que son obedecidos, en una relación inestable en la que está vedado tanto el mandar como el obedecer, con lo que el control de la naturaleza y definición de la relación se cristaliza en un perenne disputar por lugares en el sistema, que cuando son obtenidos son aborrecidos por insoportables.

Otro rasgo frecuentemente encontrado es el de la existencia de conflictivas entre los hijos adolescentes y sus padres que pueden caracterizarse de incestuosas y edípicas. De hecho, el origen de la sexualidad es de corte edípico, pero lo esperable es que las tendencias sexuales provenientes de este complejo sean con el tiempo desplazadas hacia objetos sexuales localizados en el exterior de la familia. Es este desplazamiento lo que se evidencia como dificultoso en los casos estudiados, con lo que tanto los padres como los hijos se encuentran atrapados en una maraña de fantasías de deseos íntimamente relacionadas entre sí, y que les impiden a los hijos realizar elecciones de objeto no incestuosas, resultándoles al mismo tiempo aterradoras en su fascinación. Siguiendo esta línea de pensamiento, tal vez debiéramos considerar a la adicción como una satisfacción sexual sustituta relacionada con alguna vía particular de canalización de estas tendencias, pero por ahora carecemos de elementos para particularizar esta hipótesis.

Finalmente, queremos terminar estas primeras observaciones con una reiteración de algo ya dicho en la introducción. No es nuestra intención seguir buscando hasta encontrar la "familia adictógena", sino que sólo pretendemos ir acumulando experiencias de observación, para ir probando y desechando las hipótesis que puedan venir en nuestro auxilio para nuestra práctica habitual de terapia de los tóxicómanos y de las familias de las que provienen.

GUILLERMO MATTIOLI